

SANTO TOMÁS DE AQUINO

IDEAS POLÍTICAS Y JURÍDICAS

Proyección en el Derecho Tributario

Mauricio A. Plazas Vega
Andrea Amatucci



Universidad del Rosario
EDITORIAL

Colección Textos de Jurisprudencia



Universidad del
Rosario

Santo Tomás de Aquino
Ideas políticas y jurídicas
Proyección en el Derecho Tributario

Plazas Vega, Mauricio A.

Santo Tomás de Aquino: ideas políticas y jurídicas. Proyección en el derecho tributario / Mauricio A. Plazas Vega, Andrea Amatucci. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Facultad de Jurisprudencia, 2015.

viii, 94 páginas. – (Colección Textos de Jurisprudencia)

ISBN: 978-958-738-607-3 (rústica)

ISBN: 978-958-738-608-0 (digital)

Tomás de Aquino, Santo – Crítica e interpretación / Filosofía del derecho / Formas de gobierno / Historia del derecho / Derecho fiscal / Impuestos - Legislación / I. Título / II. Serie.

343.04

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Abril 14 de 2015

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Santo Tomás de Aquino
Ideas políticas y jurídicas
Proyección en el Derecho
Tributario

Mauricio A. Plazas Vega
Andrea Amatucci



Colección Textos de Jurisprudencia

© Editorial Universidad del Rosario
© Universidad del Rosario, Facultad de
Jurisprudencia
© Mauricio A. Plazas Vega,
Andrea Amatucci

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501 •
Teléfono 297 02 00
<http://editorial.urosario.edu.co>

Primera edición: Bogotá D.C., junio
de 2015

ISBN: 978-958-738-607-3 (rústica)
ISBN: 978-958-738-608-0 (digital)

Coordinación editorial: Editorial
Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Leonardo Holguín
Diseño de cubierta: Miguel Ramírez,
Kilka D.G.
Diagramación: Martha Echeverry
Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y
Digital S.A.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso
previo escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Contenido

I. EL PENSAMIENTO POLÍTICO Y JURÍDICO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.....	1
<i>Mauricio A. Plazas Vega</i>	
A. La Escolástica y el método escolástico.....	9
B. El pensamiento político y jurídico de Tomás de Aquino.....	20
C. Proyección del pensamiento de Tomás de Aquino: Tomás de Aquino, la Escuela de Salamanca y la generación precursora en América Latina. El tomismo de Rafael María Carrasquilla y la Escuela del Rosario	49
Bibliografía	64
II. LOS FUNDAMENTOS DEL PRINCIPIO DE CAPACIDAD CONTRIBUTIVA EN EL PENSAMIENTO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.....	69
<i>Andrea Amatucci</i>	
A. La aplicación del método causal aristotélico al concepto de tributo en los escolásticos, en Alberto Magno y en Santo Tomás de Aquino. El Aquinate, pionero de un estudio de tipo científico	71
B. El contenido de las causas del tributo en Santo Tomás	74

C. La causa del tributo consiste en la síntesis de todas las causas.....	83
D. La interpretación de la ley tributaria. El estudio de la doctrina tomista enriquece el actual principio de capacidad contributiva	87
Bibliografía	89

I. El pensamiento político y jurídico de Santo Tomás de Aquino

Mauricio A. Plazas Vega
Profesor de la Universidad del Rosario

El siglo XIII es de especial interés para el pensamiento filosófico y político occidental, porque registra una suerte de integración del ideario cristiano con los paradigmas y planteamientos filosóficos de Aristóteles de Estagira.

Los trece siglos precedentes giraron, en lo que concierne a las fuentes de inspiración para el cristianismo, alrededor de Platón y el neoplatonismo. En tal sentido, resulta especialmente meritorio y novedoso el nuevo camino de razón y fe que acogen los grandes intelectuales de la Iglesia medieval.

Y no fue fácil, sino tortuosa y compleja, la nueva senda aristotélica. Por una parte, los seguidores del Estagirita fueron fuertemente cuestionados y en ocasiones calificados como magos, heresiarcas o renegados respecto de las creencias oficiales. Por otra, no han faltado los puntos de vista que, en el marco de un reduccionismo inaceptable, han desconocido sus aportes y pretendido que no hicieron más, por así decirlo, que transportar al Medioevo los dogmas aristotélicos. Y tampoco puede ignorarse la rica confrontación intelectual que sostuvo el Aquinate con las versiones de Aristóteles propuestas por el averroísmo en los círculos académicos de París.¹

¹ Sobre la proyección de Aristóteles en el pensamiento medieval se alude a dos etapas, a saber: una primera etapa de traducciones de sus obras, cuyo desarrollo tuvo

Lo cierto es que la impronta platónica, de la cual Agustín de Hipona fue su más ilustre representante dentro de la Iglesia, se vio superada por esa nueva marea de la lógica, la metafísica y la ética aristotélica, pero sin que por ello pueda decirse que obras de la magnitud de la *Suma de teología* sencillamente repiten, de modo inconsulto, lo sostenido por Aristóteles. Aún más, los propios Platón, Agustín y San Pablo, como muchos otros filósofos de la Antigüedad, anteriores y posteriores a Aristóteles, son citados y acogidos por el Aquinate.

Y en lo que toca con el supuesto revisionismo o la herejía que pudiera llegar a colegirse de los nuevos horizontes del ideario cristiano es, por completo, equivocado. Los dogmas y principios fundamentales de la fe de Cristo son reiterados y acogidos en su integridad por San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y, en general, por los filósofos y pensadores de la cristiandad medieval.

Lo que en cambio se percibe, de principio a fin, en su legado intelectual, es una sólida fundamentación en medio de la cual se descubre la reivindicación de la filosofía y su marcha de la mano con la teología, de forma tal que ya no podría decirse que la primera obró como cenicienta de la segunda.

Santo Tomás advertía que no era motivo de vergüenza, para él, encontrar que su razón se alimentaba en gran parte de los sentidos;

lugar en el siglo XI; y una segunda fase, ya en el siglo XIII, con motivo de las interpretaciones del averroísmo y el cristianismo y el natural y enriquecedor debate que se generó en torno a las versiones occidentales y orientales del aristotelismo. Véase: Rolf Schönberger, *Tomasso d'Aquino*, edición de Pietro Kobau, Bolonia, Il Mulino, 2002, pp. 18-19. El historiador británico Gilbert Keith Chesterton sintetiza muy bien lo que significó Aristóteles para Alberto Magno, llamado también de Suabia o de Colonia, y el revolucionario viraje que, en su condición de *doctor universal*, el Magno representó en ese sentido para el pensamiento cristiano. Véase: G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, traducción de H. Muñoz, Madrid, Espasa-Calpe, 1912, pp. 57-67. Como lo anota Llanos Entrepueblos, San Alberto fue el primero, y en su momento el principal, impulsor de "la introducción en Occidente de la obra aristotélica". Véase: Joaquín Llanos Entrepueblos, *Tomás de Aquino —Circunstancia y biografía*, Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1986, p. 87.

que hay un conjunto de hechos que se presentan a los sentidos en forma de materia, respecto de la cual actúa la razón; razón que viene a obrar como expresión de Dios en el hombre.

Esta afirmación de el Aquinate obedeció a que la tradición cristiana que lo precedió fue fundamentalmente platónica, a tal punto que el mundo de lo sensible no registraba mayor importancia porque predominaba el mundo de lo inteligible, vale decir, el reino de los cielos.

De ahí que uno de los grandes aportes de Tomás de Aquino haya sido precisamente resaltar el valor de este mundo, la importancia del mundo sensible. Con ese criterio, no dudaría al decir: “Si un pagano viejo y anticuado, que lleva por nombre Aristóteles, puede ayudarme a hacerlo, yo se lo agradeceré con toda humildad”.²

Tomás de Aquino fue un académico y clérigo típico del siglo XIII; su patria fue Italia y perteneció a la nobleza napolitana. Su abuela paterna, Francisca de Suabia, era hermana de Federico Barbarroja, y Federico II fue su primo. El conde Landolfo, cuyo padre descendía de la nobleza lombarda,³ fue gibelino y, como tal, partidario del Emperador en su confrontación con el Papa; aunque a lo largo de su vida tuvo cambios de bando, de gibelino a güelfo o de güelfo a gibelino, en medio de los avatares de la confrontación medieval italiana entre la espada y el báculo episcopal. En nombre del Emperador, Landolfo intervino en una de las muchas tomas y saqueos del monasterio benedictino de Montecasino, en Italia.

Aunque se dice generalmente que Tomás nació en el Castillo de Roccaseca, cerca de Montecasino, hay un curioso litigio entre dos localidades italianas, vecinas de Nápoles, que se disputan, precisamente, el nacimiento del gran filósofo católico: Roccaseca y Aquino. Pero más allá de la razón que pueda reconocerse a una

² Véase: José Joaquín Llanos Entrepueblos, *Tomás de Aquino —Circunstancia y biografía*, Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1986, p. 146.

³ Véase: Rocco Bonanni, *Uomini illustri di Aquino e Diocesi*, Aquino, Alatri, 1923, pp. 25-26.

de las dos pequeñas poblaciones en torno a tan grande honor, es de observar que en ninguna de ellas hay obras o construcciones que honren la memoria del prestigioso maestro de la historia de la Iglesia. La pequeña catedral de Aquino, si es que así puede calificarse, por ejemplo, es compartida por dos santos: San Costanzo y San Tomasso di Aquino; y en Roccaseca no hay ninguna construcción ni monumento importante, en contraste con lo que ha ocurrido con personajes como San Francisco en Asís. En una fría mañana del año 2000, caminando por las calles de Roccaseca me aventuré a entrar en el despacho de una iglesia local y preguntar al párroco por qué no había en Nápoles, ni en Aquino ni en Roccaseca, una expresión de gratitud y reconocimiento a Tomás de Aquino que pudiera compararse con la que se le ha brindado a San Francisco en Asís. La respuesta que recibí fue elocuente: *Nessuno é profeta nella sua terra*.

Adicionalmente, ni en ese centro de la filosofía y el pensamiento que es la Universidad Federico II, el Ateneo del Aquinate, ni en la histórica *Partenope Napolitana*, su tierra y la de su familia, obran expresiones visibles del reconocimiento que merecería. No hay, en la *Ciudad Sirena*, bibliotecas, basílicas ni manifestaciones verdaderamente acordes con lo que representa Tomás de Aquino para la biografía del espíritu universal.

En su niñez Tomás fue vinculado como *oblato* a la abadía de Montecasino. La célebre y enigmática abadía había sido fundada por San Benito de Nursia en 529 y obró como sede del monasterio de los benedictinos, en ese ambiente monacal del Medioevo naciente. Levantada sobre una colina en la que antes había un templo en honor al dios Apolo, la abadía operó en torno a la regla de San Benito, consistente en la vida agrícola laboriosa, la oración y la penitencia, materializada en los votos de pobreza, castidad y obediencia, y fue claro referente para los monasterios de Occidente.⁴

⁴ En el siglo XI, Roberto de Molesmes fundó la Orden de Cister, orientada a la vida ascética, el rigor de la liturgia y la atención de las reglas de San Benito, cuyo más eminente representante fue, sin duda, San Bernardo de Claraval. En el siglo XI, Bruno

La designación como oblate, palabra que proviene de oblación u ofrenda, era una suerte de reconocimiento u homenaje que hacía una familia noble con alguno de sus integrantes, en el sentido de vincularlo a los monasterios y abadías para que fuera formado académicamente por los frailes, junto con una importante dote dineraria, como efectivamente lo hizo así el Conde de Aquino con Tomás. Una medida estratégica, desde el punto de vista político, porque la abadía era en su momento un foco de la política güelfa y el Conde de Aquino era militante de la causa gibelina;⁵ y a la vez, un claro indicio sobre la aspiración de Landolfo de ver a Tomás como abad de Montecasino.

Hasta el siglo XII fueron típicos de la Iglesia católica los monjes,⁶ personajes ascetas retirados de la sociedad, apartados de las ciudades

de Colonia fundó la comunidad ascética y de retiro solitario de los cartujos, la cual llegó a tener cerca de doscientas cartujas dirigidas por priores y regidas por los mismos votos de pobreza, castidad y obediencia, además de la entrega total a la oración y el compromiso indeclinable con la vida monacal. Tanto los cistercienses como los cartujos persisten en la actualidad. El monasterio de Montecasino ha sufrido a lo largo de la historia la afrenta de la naturaleza y del hombre. Asolado por terremotos, fue también saqueado en numerosas oportunidades, entre ellas por Napoleón, y a la postre destruido en 1944 durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente fue reconstruido por el gobierno de Italia y hoy puede ser visitado y apreciado por toda la historia que alberga.

⁵ Así lo puntualiza Joaquín Llanos Entrepueblos en *Tomás de Aquino — Circunstancia y biografía*, ob. cit., p. 23.

⁶ La palabra monje proviene del latín *monachus* y significa “quien vive solo”. No obstante, la vida del monasticismo cristiano medieval se orientó a comunidades de ascetas retirados en pos de la realización espiritual. Esa vida comunitaria de monjes apartados de la sociedad, inspirada en los apóstoles de Cristo, se identifica como “monasticismo cenobita” y si bien giraba en torno a la espiritualidad se orientó también a la realización de las actividades propias de la satisfacción de sus necesidades básicas y en menor medida al fomento de las artes. La oración y el culto, en todo caso, eran el eje de la vida monástica y el monasterio se concebía como una verdadera ciudad de Dios. Con antecedentes que se remontan al anacoretismo de los primeros siglos del cristianismo, con personajes como el ermitaño egipcio San Antonio Abad, y a las reglas impuestas por San Agustín para las comunidades eclesiales africanas, el monasticismo cristiano se afirmó a partir del legado de ilustres hombres de Dios como San Benito de Nursia y San Bernardo de Claraval. En esencia, la regla de San Benito (*Regula Sancti Benedicti*)

y establecidos en grandes monasterios en las zonas rurales para dedicarse a la oración, el estudio y la vida contemplativa, cuyas reglas y prácticas hoy se conservan en variados lugares.

En el siglo XIII, en cambio, surgieron, al amparo de Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís, las grandes órdenes mendicantes del Medioevo, en contraste con las llamadas órdenes monacales de San Benito de Nursia y San Bernardo de Claraval.⁷

Los conventos de los franciscanos y dominicos no se construyeron en las zonas rurales sino en la ciudad, lo cual constituyó su primera gran revolución, a partir de un argumento primordial y fundamental para la declaración de las órdenes mendicantes como era la necesaria interrelación con todo el pueblo, con todos los integrantes de la sociedad, en aras de legitimar plenamente la labor de la Iglesia. Unido a ese propósito de la nueva orientación de los conventos, se estableció como regla prioritaria la del estudio profundo sobre la temática humana y la docencia por parte de los clérigos. Franciscanos y dominicos, en ese contexto, tuvieron una avasallante influencia en la universidad medieval.

Tomás de Aquino, cuando tenía quince años de edad, se desplazó del castillo de Roccaseca a la Universidad de Nápoles en la cual, como era lo usual en los centros educativos de la época, se mezclaban la educación primaria, la educación media y la superior.

se concretaba en orar y trabajar, y fue impuesta por Carlomagno para los monasterios medievales. Véase: Gran Enciclopedia Universal, en www.portalplanetasedna.com.ar, consulta del 7 de enero de 2014.

⁷ La Orden de los Dominicos, u Orden de los Predicadores, fue fundada por el clérigo y canónigo castellano Domingo de Guzmán, en 1215, durante la cruzada albigense. A lo largo de su historia de auges y repliegues, la orden encontró el liderazgo de grandes maestros e intelectuales como San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Francisco de Vitoria o Domingo de Soto. Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos y Bartolomé de las Casas, tres de sus más reconocidos representantes, se destacaron como incansables defensores de los derechos de los indígenas en medio de los atropellos a que fueron sometidos con ocasión de la conquista de América.

Como estudiante, y con la impronta de Pedro de Irlanda, empezó a adentrarse en los planteamientos de Aristóteles de Estagira.

Tomás estudió en la Universidad de Nápoles hasta 1239, cuando tenía 19 años, y fue alumno muy destacado de eminentes profesores dominicos que influyeron decididamente en su vocación por convertirse en fraile de la orden. Lo cual implicaba, necesariamente, pasar a la condición de mendigo; vale decir, hacer todo lo contrario de lo pretendido por el Conde de Aquino y no aspirar a ser el abad, o superior, del monasterio y posteriormente abadía de Montecasino. Ser franciscano o dominico implicaba renunciar a los principios de la aristocracia, apartarse de los honores propios del supremo cargo de una abadía y entregarse a la causa de la predicación. Tomás, de clara orientación científica y académica, y con la impronta de sus maestros dominicos, decidió al efecto desplazarse a París para conocer directamente el pensamiento y la obra de un personaje muy famoso de la Edad Media, San Alberto Magno, un maestro de impactante erudición y luminosa capacidad docente en especial para enseñar los más variados y complejos aspectos de la filosofía aristotélica.

Pero en ese trayecto hacia su nuevo destino fue detenido y secuestrado por sus propios hermanos y apresado, por espacio de año y medio, en el castillo de Roccaseca. Huyó de ese lugar —ya tenía entre 21 y 22 años de edad— con la ayuda de su amigo Juan de Nápoles y se dirigió primero a Bolonia y posteriormente a París, con el ánimo definitivo de estudiar teología bajo la orientación del Magno. En París, Tomás se estableció en el convento de Saint Jacques en donde hizo el noviciado y permaneció por tres años como luminoso discípulo del gran académico medieval, el Doctor Universal, el *Doctor Eximius*, San Alberto Magno,⁸ quien contribuyó,

⁸ Étienne Gilson, el ilustre historiador francés y profesor de filosofía medieval de La Sorbona, experto en el tomismo y la Escolástica, no ha dudado al comentar que probablemente Alberto Magno era aún más erudito que Santo Tomás. Dice Gilson: “San Alberto Magno se convirtió ante todo en un sabio, en el propio sentido de este término”. Véase: Gilson, *La inteligencia al servicio de Cristo Rey*, apartes de la conferencia dictada y publicada por la Universidad Virtual Santo Tomás, en <http://arvo.net>, con-

de modo muy importante, para la afirmación y consolidación del Aquinate como un prestigioso catedrático de teología y filosofía.⁹ El Angélico acompañó a su maestro a Colonia, durante cuatro años, y estudió profundamente los más intrincados temas de la teología y la filosofía. Por sugerencia del Magno, se desempeñó en la docencia en Saint Jacques, como bachiller bíblico (de 1252 a 1254) y bachiller sentenciario (de 1254 a 1256). Considerado por San Alberto como “la flor y la gloria del mundo”, cuando tenía 31 años, y gracias a una dispensa papal porque la edad mínima requerida al efecto era de 35 años, fue promovido al cargo de Maestro de Teología¹⁰ y alcanzó un gran reconocimiento por sus lecciones y escritos.

De regreso a Italia, el Aquinate tuvo ofrecimientos para ser Abad de Montecasino, Arzobispo de Milán y Obispo de Nápoles, pero los rechazó en virtud de sus votos como predicador y su vocación académica, como correspondía a la humildad que lo caracterizó y fue determinante para su canonización, proclamada por el papa Juan XXII el 18 de julio de 1323 quien, en contraste con la sencillez del Aquinate, no dudó al manifestar: “Tomás sólo ha iluminado más a la Iglesia que todos los doctores juntos... Su doctrina no pudo provenir sino de una intervención milagrosa de Dios”.¹¹

sulta del 15 de septiembre de 2012. Hirschberger transcribe un elogio que del *doctor universal* hizo un cronista medieval: “En ese tiempo floreció el obispo Alberto, de la orden de los dominicos, el más notable teólogo y más erudito de todos los maestros, y nadie, después de Salomón, se levantó tan grande ni parecido en toda la filosofía (...), pero como de nación era alemán, es aborrecido por muchos y su nombre despreciado, si bien se utilizan sus obras”. Véase: Johannes Hirschberger, *Historia de la filosofía*, traducción de Luis Martínez Gómez, Barcelona, Herder, 2011, p. 470.

⁹ Véase: Joaquín Llanos Entrepueblos, *Tomás de Aquino...*, ob. cit., pp. 87-95.

¹⁰ Así lo relata Jacques Maritain en *El doctor Angelico*, traducción de Manuel Guirao y Eduardo Pironio, Buenos Aires, Club de Lectores, 1979, p. 29.

¹¹ Véase: Jacques Maritain, *El doctor Angélico*, ob. cit., p. 51. Véase además: Eudaldo Forment, “Introducción”, *La monarquía, de Santo Tomás de Aquino*, Madrid, Tecnos, 2007, pp. xvii-xx.

Al ilustre teólogo y filósofo se le recuerda con especial reverencia como maestro que fue en la Universidad de Nápoles, fundada en 1224, un año antes de su nacimiento, por el emperador Federico II, rey además de Sicilia. Tomás enseñó en el Ateneo de la Italia meridional, de la cual fuera estudiante, en dos etapas de su vida: la primera, a su regreso de París, cuando llegaba a los 35 años de edad; la segunda, en tiempos del rey Carlos I de Anjou, hermano de San Luis (Luis IX de Francia), durante los últimos años de su vida.¹² Falleció en la abadía cisterciense de Fossanuova, el 2 de marzo de 1274, a la edad de 50 años, cuando viajaba para asistir al Segundo Concilio de Lyon, o XIV Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica, convocado por el papa Gregorio X para tratar lo relacionado con el Cisma de Oriente, en procura de la unión de las iglesias Oriental y Occidental, el sistema de elección del papa y la organización de una nueva cruzada en pos de los lugares santos.¹³

Veamos, a continuación, los planteamientos políticos y jurídicos básicos de Tomás de Aquino, previa una breve referencia a la Escolástica, de la cual es considerado el más destacado representante.

A. La Escolástica y el método escolástico

No hay suficiente claridad, ni una posición monolítica, sobre lo que significa la Escolástica. La palabra proviene de *schola* y de *scholasticus*, por lo que puede decirse que etimológicamente sugiere una escuela y un maestro; en términos aún más amplios, un egresado de una escuela, aunque en ocasiones se ha utilizado también con un alcance peyorativo que cuestiona su excesiva dependencia del método y de

¹² Véase al respecto el emotivo capítulo titulado “Dos cursos en la Universidad de Nápoles”, escrito por Eudaldo Forment en *Santo Tomás de Aquino —El oficio de un sabio*, Barcelona, Ariel, 2007, pp. 181-236.

¹³ San Buenaventura, quien asistió al Concilio y conjuntamente con Juan Bekkos, representante de la Iglesia ortodoxa, desempeñó un papel muy importante en el objetivo de unir a la Iglesia, falleció durante el transcurso del magno evento. A la postre, la celebrada unión fracasó por la oposición de Grecia y las diferencias internas de las dos Iglesias.

la forma en desmedro del contenido. Alcance, este último, que no corresponde al significado riguroso de la palabra porque trasciende al pensamiento de los maestros que aquí se abordan para comprender, en general, todo sistema de enseñanza que sacrifique el fondo en aras de las reglas, los procedimientos y el método.

El *Diccionario de la lengua española* define el adjetivo *escolástico* con dos acepciones: i) “Perteneiente o alusivo a las escuelas medievales o a quienes estudiaban en ellas”; y ii) “Perteneiente al escolasticismo, al maestro que lo enseña o al que lo profesa”.¹⁴

El mismo diccionario define escolasticismo también con dos acepciones: i) “Filosofía de la Edad Media, cristiana, arábica y judaica, en la que domina la enseñanza de las doctrinas de Aristóteles, concertada con las respectivas doctrinas religiosas; y ii) “Espíritu exclusivo de escuela en las doctrinas, en los métodos o en el tecnicismo científico”.¹⁵

La Escolástica de que aquí se trata corresponde a la primera de las acepciones que el comentado diccionario asigna al escolasticismo, pero no sin advertir que ni el signo distintivo de su doctrina ni su método se pueden valorar simplemente como una suerte de militancia filosófica aristotélica. Es indudable que la Escolástica representó, en el ámbito medieval en que surgió, una meritoria apelación a los clásicos de Grecia, con énfasis en Aristóteles. Pero no por ello puede desatenderse el monumental esfuerzo y el gran avance que significó para sus maestros y seguidores la armonización de la razón y la fe, de la filosofía y la teología, del conocimiento racional y el conocimiento sustentado en la revelación.¹⁶ El de Estagira fue la fuente principal de referencia para los escolásticos, pero no la única.

¹⁴ Real Academia de la Lengua, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, vigésima primera edición, p. 877.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ A manera de ejemplo sobre esta percepción acerca de la Escolástica y su apelación al pensamiento griego antiguo, véase: Giorgio del Vecchio, *Filosofía del derecho*, ob. cit., pp. 30-31.

A lo anterior se agrega que los grandes representantes de la Escolástica fueron maestros, en el más riguroso sentido de la expresión, y formaron escuela, por así decirlo, con el concurso de notables y numerosos discípulos. Y en la fase de decadencia de la Escolástica cristiana, en particular en los siglos XIV y XV, predominó esa segunda acepción del escolasticismo a que alude el *Diccionario de la lengua española*.

En lo que concierne a la alusión a las escolásticas cristiana, judaica y árabe, indudablemente acertada, cabe advertir que la que aquí se aborda, como preámbulo al pensamiento de Tomás de Aquino, es la primera, la Escolástica católica.¹⁷

Puede decirse que la Escolástica cristiana o católica, a la postre la que generalmente se identifica con el género escolástica, halla sus primeras fuentes en San Agustín, en el neoplatonismo y en Aristóteles, y transitó tres etapas, a saber:¹⁸ i) La pre-escolástica, cuyos más reconocidos representantes, entre los siglos IX y XII, fueron el panteísta Juan Escoto Eriúgena,¹⁹ Pedro Abelardo, Roscelino y Guillermo de Champeaux. Su tema central de controversia fue los universales, atinente “al género de existencia que tienen nuestras

¹⁷ En la Edad Media, observa Gilson, “se llamaba escolástico a todo profesor que enseñaba en alguna escuela o a todo hombre que poseía los conocimientos enseñados en las escuelas”, con lo cual la Escolástica vendría a ser “simplemente la filosofía enseñada durante la Edad Media en las escuelas”. Véase: Étienne Gilson, *La filosofía de la Edad Media*, ob. cit., p. 6. Y como lo relata el mismo autor, los profesores que se vincularon a las escuelas que promovió directamente Carlomagno, como estrategia contra la ignorancia extendida en todos los niveles y en el clero en particular, recibieron el nombre de *escolásticos* o *maestrescuelas*. Véase: ibídem, p. 8.

¹⁸ Véase, al respecto: Walter Brugger, *Diccionario de filosofía*, ob. cit., pp. 185-186.

¹⁹ Historiadores de la filosofía como Hirschsberger consideran que el Eriúgena no era realmente *panteísta* o al menos no desde el punto de vista de lo que en la modernidad y en definitiva implica esa postura: la negación de Dios, conclusión a la cual no arriba en absoluto Juan Escoto. Véase: Hirschberger, *Historia de la filosofía*, ob. cit., pp. 410-413.

ideas generales y a cuál es su relación con los objetos particulares”,²⁰ y las corrientes que circularon fueron el realismo, el nominalismo y el conceptualismo; ii) La escolástica primitiva, de fines del siglo XI y el siglo XII, cuyo iniciador fue San Anselmo de Canterbury, llamado el Padre de la Escolástica. De esta fase fue ampliamente reconocido, y comentado por el Aquinate, Pedro Lombardo, con sus famosas Sentencias; y iii) La alta escolástica, o escolástica dorada, cuyo mayor esplendor se logró, sin duda, con los aportes de San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, en el ámbito de la cual llegó a su máxima expresión la adopción de la filosofía aristotélica, en un principio con la mediación de las traducciones de Avicena y Averroes y posteriormente con las efectuadas directamente del griego por Guillermo de Moerbeke, el secretario de Tomás de Aquino, y por San Alberto Magno. Hecho por demás significativo, si se tiene en cuenta que el papado había prohibido la enseñanza de Aristóteles y así lo reiteró en el comentado siglo, el siglo de Tomás de Aquino, por medio de Gregorio IX, en 1231, Inocencio IV, en 1245 y Urbano IV en 1263; vale decir, durante el transcurso de la vida del Aquinate, nacido en 1224.²¹ Las prohibiciones comentadas, sin embargo, resultaron inútiles porque los grandes maestros acudieron a los textos del Estagirita con suma dedicación e interés. Fue de tal magnitud la influencia aristotélica, que las autoridades

²⁰ Étienne Gilson, *La filosofía medieval*, ob. cit., p. 20. Según puntualiza Gilson, la temática surgió con motivo del texto de Porfirio titulado *Introducción a las categorías de Aristóteles*, en el cual se planteaban tres cuestiones: “1.ª Los géneros y las especies, ¿existen en la naturaleza, o no existen, sino a título de pensamientos en nuestro espíritu? 2.ª Si existen fuera de nosotros y en la naturaleza, ¿son corporales o incorpóreas? 3.ª ¿Existen separados de los objetos sensibles, o en ellos mismos?”.

²¹ Tal como lo pone de presente Johannes Hirschberger, ya en 1210 un concilio provincial en Parí había prohibido la lectura de los escritos del Estagirita relacionados con la filosofía natural y en 1215, por instrucciones del papa Inocencio III, se incluyó también la metafísica. El veto, sin embargo, no se habría hecho extensivo a los escritos sobre ética y lógica, acaso porque la censura al aristotelismo tuvo mucho que ver con equívocas apreciaciones según las cuales su concepción era panteísta. Véase, al respecto: Hirschberger, *Historia de la filosofía*, ob. cit., p. 449.

pontificias, en 1366, llegaron a exigir, como condición para quienes quisieran concursar como candidatos para la licenciatura en Artes, que hubieran estudiado los tratados Aristóteles.²²

Después del Aquinate, y de los agudos escritos de Juan Duns Scoto y Guillermo de Ockham, en los cuales se abogó por la estricta separación de la filosofía y la teología, se hizo énfasis en que Dios no es susceptible de ciencia y se enfatizó en que los universales no tienen existencia propia, sino que son creación de la mente, por lo que solo suponen una dimensión nominal (nominalismo), en contraste con el realismo y con las grandes construcciones filosóficas al servicio de la teología que fueron propias del tomismo, la Escolástica entró en una fase de decadencia.

Sin embargo, en los siglos XVI y XVII surgiría en España, con la impronta del dominico español Francisco de Vitoria, la Escuela de Salamanca, y con ella la Segunda Escolástica, con representantes de reconocida influencia en el pensamiento filosófico y político, y en los movimientos libertarios e independentistas de América Latina en particular, como el dominico Domingo de Soto, el jesuita Juan de Mariana, autor de *Del rey y la institución real*, o el también jesuita Francisco Suárez, el *Doctor Eximius*, autor de *Disputaciones metafísicas* y del célebre *De legibus*. Sus planteamientos procuraron superar la réplica nominalista y, en lo que aquí interesa, se orientaron a armonizar la fuente divina de la autoridad y el poder con la voluntad popular como condición para legitimar su ejercicio. En tal sentido, la Escolástica española o salmantina acogió los planteamientos de Aristóteles y Santo Tomás sobre la sociabilidad natural del hombre y el origen divino de la autoridad, pero acudieron al contrato como definitorio del sistema de gobierno y, con él, a la voluntad popular; mas no desde una perspectiva laica y racionalista, como la que acogieron los contractualistas liberales de los siglos XVII y XVIII, sino en función de la limitación del poder secular y la afirmación del poder papal en el orden civil, y no únicamente en lo espiritual,

²² Así lo relata Gilson en *La filosofía de la Edad Media*, ob. cit., pp. 100-101.

como un poder indirecto llamado a obrar cuando los excesos del gobernante contravengan el bien común y atenten contra los principios cristianos, eventos en los cuales puede estar habilitado para desplazar al tirano.²³

En el siglo xix, el documento papal *Aeterni patris*, de León XIII, el Papa Social, en el cual aboga por el retorno a los textos del Aquinate, fue claro signo distintivo de los vientos que condujeron a la llamada neoescolástica, y en el xx, los ilustres filósofos e historiadores franceses Jacques Maritain y Étienne Gilson obraron como portavoces del neotomismo.

El siglo xiii, para volver a la centuria de Tomás de Aquino, fue además el de la fundación de las grandes universidades y el surgimiento de las órdenes mendicantes, en particular los dominicos, de Domingo de Guzmán, con la impronta aristotélica, y los franciscanos, de Francisco de Asís y San Buenaventura, con la influencia platónica y agustiniana. Universidades como las de Oxford y Cambridge, en Inglaterra, Salamanca, en España, Bolonia, Salerno y Nápoles en Italia, y París, son el fruto de esa decidida tendencia que contrasta con la generalizada ignorancia y el analfabetismo que pululaban en los siglos precedentes, aun en los círculos sociales más elevados en los cuales podían más la soberbia del noble y los mitos de la caballería que la excelencia intelectual. Ya en el siglo xiv Europa contaba con más de cuarenta universidades.

Célebres y de gran prestigio fueron, sin duda, las universidades de París y Bolonia. La primera, por su rigurosa orientación a la teología y a la filosofía en momentos en los cuales París era reconocida como la auténtica *civitas philosophorum*,²⁴ la segunda, por su dedicación al estudio del derecho romano. Pero París, hay que decirlo,

²³ Véase, al respecto: Guido Fassò, *Historia de la filosofía del derecho*, vol II, traducción de José F. Lorca Navarrete, Madrid, Pirámide, 1982, pp. 57-66.

²⁴ Véase: Hirschberger, ob. cit., pp. 449-450.

era el centro del pensamiento, el punto de mira de los estudiosos y académicos de la época.²⁵

En su formación universitaria, los estudiantes tenían que aprender en primer término el latín; posteriormente, abordaban las llamadas siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, música, aritmética, geometría y astronomía); finalmente, escogían alguna de las facultades superiores, constituidas por Medicina, Jurisprudencia y Teología.

La Escolástica representó un papel fundamental en el surgimiento de las universidades, y en el esfuerzo de teólogos y filósofos por afirmar el cristianismo, con el apoyo del ideario grecolatino.

Por lo que toca con el método escolástico, básicamente comprendía tres fases bien definidas: i) la lectura; ii) la cuestión y iii) las disputas ordinarias y las disputas libres.²⁶

La lectura comprendía la investigación de los textos a partir de su apreciación sistemática. La cuestión comportaba el cuestionamiento de esos textos; vale decir, los pros y los contras a que podían ser sometidos. Las disputas ordinarias eran los planteamientos de los maestros en relación con determinadas cuestiones.

Un ejemplo que comúnmente se aborda para explicar el método escolástico es la pregunta sobre “si Dios existe”. De acuerdo con la primera fase del método, era preciso seleccionar los textos que aboradaran el tema; posteriormente, se formulaba el cuestionamiento y se proponían las distintas posiciones y problemáticas en torno a la

²⁵ Así puntualizó Gilson en un espléndido ciclo de conferencias sobre el tomismo que dictó en Bogotá en 1956. En una de ellas recuerda la síntesis de un cronista del Medioevo según la cual si Alemania tuvo al Imperio y Roma al Papa, París tuvo a la Universidad. Véase: Étienne Gilson, *La existencia en Santo Tomás de Aquino*, ciclo de conferencias dictadas en Bogotá del 16 al 20 de abril de 1956, traducción de Fernando Rivas Sacconi, Bogotá, El Gráfico, 1956, p. 63.

²⁶ Véase, al respecto: Joaquín Llanos Entrepueblos, *Tomás de Aquino...*, ob. cit., pp. 79-85.

lectura, de manera que, lo que en un comienzo era una investigación de textos, se traducía en la pregunta específica: ¿Dios existe?²⁷

Después venían las disputas respecto de esa cuestión, alrededor de las cuales se acudía a autores y maestros con tesis opuestas, que permitieran ilustrar suficientemente sobre lo más significativo del estado del arte de la materia a tratar.

Las disputas ordinarias terminaban con las sentencias. Son famosos los *Cuatro libros de sentencias* del catedrático, teólogo y escritor italiano Pedro Lombardo, obispo y escolástico del siglo XII y maestro muy destacado en París, cuyos textos gozaron de gran reconocimiento.

Esas disputas ordinarias se concretaban en debates, en los cuales participaban maestros con opiniones contradictorias, y normalmente se llevaban a cabo dos veces al mes. En torno a esa confrontación concurrían discípulos de los protagonistas del debate, así como invitados especiales de la Universidad y catedráticos de otras áreas. En las jornadas de la mañana tenían lugar las discusiones y en las horas de la tarde se proferían los dictámenes o sentencias.

Las disputas libres tenían que ver con diversos temas y permitían la participación de cualquier persona. Podían llevarse a cabo dos veces al año y funcionaban de una manera similar a las ordinarias.

En ese ambiente de rigurosa metodología y constante discusión sobre las ideas, fue profesor de gran prestigio Tomás de Aquino en las universidades de París, Orvieto, Anagni, Roma y Bolonia y posteriormente en la Universidad de Nápoles.

Más adelante, en 1268, volvió a París, en donde permaneció por cerca de tres años, con motivo de un enfrentamiento que se registró entre los profesores regulares y sacerdotes seculares²⁸ de las

²⁷ *Ibidem*, pp. 84-85.

²⁸ Se alude en general a los sacerdotes seculares para diferenciarlos de los militantes de órdenes religiosas. Entre estos últimos, los más reconocidos representantes, en medio del conflicto por las cátedras universitarias, fueron Santo Tomás de Aquino y San Buenavetura, dominico y franciscano, respectivamente. La palabra *secular* sugiere

universidades, con la impronta de Guillermo del Santo Amor, quien escribió un tratado contra los frailes educadores titulado *Los peligros de los nuevos tiempos*, y los maestros de las órdenes mendicantes. Se cuestionaba a dominicos y franciscanos por sus votos de pobreza y, por así decirlo, por competir de forma desleal con los educadores seculares al no cobrar por sus lecciones, acaparar al estudiantado y ofrecer y organizar más cursos de los permitidos.²⁹ También se enfrentó el Aquinate, en esta oportunidad, con el averroísmo latino y con los franciscanos agustinianos, quienes cuestionaban su acogida al pensamiento y la obra de Aristóteles de Estagira.

Posteriormente, en 1272, retornó a la histórica Nápoles en donde dictaba sus lecciones desde el púlpito de la iglesia de San Domenico Maggiore, reasumió los trabajos para terminar finalmente la *Suma de teología* y falleció en 1274. Hoy la ciudad cuenta con una pequeña plaza con su nombre, pero como en Aquino y Rocaseca, brillan en ella por su ausencia monumentos, bibliotecas o basílicas que hagan recordar su crucial papel en la historia del pensamiento y de la Iglesia. El Aquinate fue canonizado el 18 de julio de 1323 por el papa Juan XXII, y sus restos, por solicitud de la Facultad de Artes de París, fueron trasladados el 23 de enero de 1369 a Toulouse (Tolosa de Languedoc), la Ciudad Rosa de Francia. En 1567, a instancias de Pío V, fue declarado Doctor de la Iglesia.³⁰

De manera similar a lo acontecido con el Estagirita, la obra de Santo Tomás fue prolífica en grado sumo. Escribió numerosas disputas, como corresponde a su condición de catedrático, y elaboró también opúsculos por encargo, entre los cuales se destaca, por su

lo civil, lo laico, por oposición a lo clerical. En ese sentido, se hace referencia al poder secular frente al poder clerical para identificar uno de los dos extremos del debate político medieval.

²⁹ Véase: Joaquín Llanos Entrepueblos, *Tomás de Aquino...* ob. cit., pp. 99-100.

³⁰ Véase Bonanni, *Uomini illustri di Aquino e Diocesi*, ob. cit., pp. 38-39. Según el relato del prelado italiano, autor de la obra, fue Juan XXII quien, con motivo de la canonización de el Aquinate, lo denominó *Dottore Angelico*.

contenido político, el *Ensayo sobre el gobierno de los príncipes*, que escribió entre 1265 y 1267 para el rey de Chipre Hugo II de Lusignan, en el cual se declaró partidario de la monarquía.³¹ Chipre, en esos tiempos, afrontaba una gran división política que reclamaba la unidad por medio de la persona de un monarca.

También dejó el de Aquino una obra póstuma titulada *Comentario a la Política de Aristóteles*, que comenzó durante su segundo período en París y dejó inacabada. Hoy se conocen ocho libros de los cuales se tiene certeza que los dos primeros y el tercero, hasta la Lección VI, son del Aquinate y los restantes fueron escritos por su discípulo Pedro de Alvernia.³²

Dejó el Aquinate dos obras monumentales: la *Suma de teología* y la *Suma contra los gentiles* (o *Suma sobre la verdad católica contra los gentiles*). Este último tratado, con una estructura diferente a la *Suma de teología*, sin cuestiones ni artículos, porque su finalidad no era escolar, fue escrito a instancias del jurista Raimundo de Peñafort, quien lo habría requerido así para coadyuvar a la actividad de los misioneros católicos como respuesta a la filosofía greco-árabe y al averroísmo.³³

La *Suma de teología* es, indudablemente, la más valiosa de Tomás de Aquino, la más grande creación intelectual de la Edad Media y un texto capital en la historia del pensamiento. Es una verdadera síntesis de la teología, cuyo objetivo fue eminentemente didáctico.

³¹ La obra quedó inconclusa (el Aquinate sólo la elaboró hasta el capítulo IV del libro II). Un discípulo de Tomás de Aquino, Tolomeo de Lucca, agregó los capítulos V-VIII al libro II. Véase, al respecto: Eudaldo Forment, *Introducción a la monarquía*, Madrid, Tecnos, 2007, p. xvi.

³² Para conocer mayores detalles sobre la publicación y las condiciones en que se ha conservado esta didáctica obra de Tomás de Aquino, véase a Ana Mallea y Celina A. Lértora, "Prólogo", *Comentario de Santo Tomás de Aquino sobre la Política de Aristóteles*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra S.A. EUNSA, 2001, pp. 11-29.

³³ Así lo puntualiza Llanos Entrepueblos en *Tomás de Aquino —Circunstancia y biografía...*, ob. cit., p. 135. Los *gentiles*, por supuesto, son los árabes y en general los portavoces de credos e ideas teológicas y filosóficas contrarias al dogma católico.

Objetivo que en realidad se cumplió, pues muchos de sus apartes sobresalen por su claridad. La obra, clara expresión de la metodología escolástica y medieval, y desde su inicio enfocada hacia la orientación académica, está dividida en tres partes, comprende más de seiscientas treinta cuestiones divididas en artículos y parece haber sido escrita en un lapso de ocho años (entre 1265 y 1273). La segunda parte, en la cual se encuentran los planteamientos del Aquinate sobre el derecho, la ley y la justicia, que interesan para los fines de este trabajo, fue escrita en París entre los años 1268 y 1272.³⁴

Por último, como preámbulo para abordar el pensamiento político del ilustre teólogo, cabe observar lo siguiente:

- i) Las obras que pueden servir de referente para analizar sus ideas políticas son su *Ensayo sobre los principados* (llamado también *sobre la monarquía*), su *Comentario sobre la Política de Aristóteles*, en lo atinente a la ética política, su *Suma de teología*.
- ii) Para las naciones latinoamericanas Tomás de Aquino fue muy importante desde el punto de vista de la causa libertaria y de la Independencia. Las ideas que inspiraron a los grandes movimientos independistas, al menos en lo que concierne a la llamada Generación Precursora, fueron más las del Angélico, con la mediación de la Escolástica española en particular y, por supuesto, de Francisco Suárez, que las de los liberalismos británico y francés de Locke, Rousseau y Montesquieu. Ya en la Generación Prócer la influencia del liberalismo fue fundamental.

³⁴ Véase: Gregorio Celada Luengo, “Introducción a la Suma de teología de Santo Tomás de Aquino”, en *Suma de teología*, I, Parte I, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1998, pp. 10-11.